



RAGNAR JONASSON

NIEBLA EN EL ALMA



Seix Barral



Seix Barral Biblioteca Formentor

Ragnar Jónasson

Niebla en el alma

Traducción del islandés por
Kristinn R. Ólafsson y Alda Ólafsson Álvarez

Título original: *Rof*

© Ragnar Jónasson, 2012

Publicado de acuerdo con Copenhagen Literary Agency ApS, Copenhagen

© por la traducción, Kristinn R. Ólafsson y Alda Ólafsson Álvarez, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

© Mapas: Ólafur Valsson

Este libro se ha traducido con la ayuda de:



ICELANDIC LITERATURE CENTER

Primera edición: septiembre de 2021

ISBN: 978-84-322-3903-8

Depósito legal: B. 10.924-2021

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

CAPÍTULO 1

Había sido un atardecer como cualquier otro, tirado en el sofá.

Vivían en un pequeño piso en la planta baja de una casa vieja del Barrio Oeste de Reikiavik, en la calle Ljósvallagata: era la que estaba en medio de una fila de tres adosados contruidos en los años treinta con un estilo ya caduco por entonces.

Róbert se incorporó, se frotó los ojos y miró por la ventana del salón que daba al jardincito delantero. Estaba oscureciendo, era marzo y el tiempo andaba tan imprevisible como cabía esperar: en ese instante llovía, y las gotas de lluvia hacían un ruido reconfortante al chocar contra la ventana; en casa se estaba a salvo.

No le iba mal en los estudios: estaba en primer año de Ingeniería, aunque ya había cumplido los veintiocho. Siempre se le habían dado bien los números. Sus padres eran auditores del barrio de

Árbær, pero su relación con ellos dejaba bastante que desear; a decir verdad, a esas alturas resultaba nula: por lo visto, el estilo de vida de su hijo no encajaba en absoluto con sus fórmulas de cálculo. Habían claudicado de sus intentos de cuadrarlo en su propia contabilidad vital. Qué le vamos a hacer.

Ahora por fin había empezado la universidad y ni siquiera se había molestado en contárselo a sus padres. Hacía cuanto estaba en su mano por concentrarse en los estudios, a pesar de que a veces se le iba la cabeza y sus pensamientos volaban a los Fiordos del Oeste, donde tenía una pequeña embarcación en común con unos cuantos compañeros. Soñaba con la llegada del verano. Cuando estaba en el mar le resultaba muy sencillo olvidarlo todo, tanto lo bueno como lo malo: el balsámico balanceo de las olas, la paz completa. Algunos días esa barca era lo que lo mantenía a flote en la vida. A finales de marzo iban a reunirse en el oeste para poner la embarcación a punto. Para sus amigos, el viaje a los fiordos era poco menos que una excusa para emborracharse, pero no para Róbert. Llevaba más de dos años en dique seco.

Se había dado en serio a la bebida a raíz de cuanto sucedió aquel fatídico día, ocho años atrás.

Era un día hermoso. El viento en calma en el terreno de juego, temperatura relativamente cálida bajo el sol de la tarde y bastante público viendo el partido.

Buena victoria en ciernes contra unos contrincantes más bien flojos; en el horizonte, un entrenamiento con la selección nacional de fútbol juvenil y, más tarde ese mismo verano, la posibilidad de ir a probarse con un equipo de la primera división noruega. Su agente también le había hablado del interés de algunos equipos de las divisiones inferiores de Inglaterra. Hay que ver lo orgulloso que se sentía su padre de él; él mismo había sido bastante hábil con la pelota, pero nunca había tenido la oportunidad de convertirlo en su profesión. Ahora los tiempos habían cambiado, había más oportunidades.

Faltaban cinco minutos para que se cumpliese el tiempo reglamentario cuando Róbert recibió el balón desde la banda. Se abrió camino entre la defensa hasta ver la portería y la cara atemorizada del portero. Una sensación familiar: tenía al alcance de la mano una victoria por cinco a cero.

Ni siquiera vio llegar al defensa, sólo oyó el crac de la pierna al romperse por tres sitios distintos y le sobrevino un dolor abrumador. Miró hacia abajo, paralizado en un grito, y vio la fractura abierta.

Aquella imagen no se le iba de la cabeza. Los días de hospital estaban envueltos en brumas, pero recordaba con toda claridad las palabras del médico cuando le dijo que a duras penas volvería a jugar al fútbol, al menos, como profesional. Así que básicamente se rindió y buscó consuelo en la bebida.

Primero un trago, luego otro. Aun así, lo peor fue que, pese a que se recuperó de la lesión antes de lo esperado, cuando lo hizo ya era demasiado tarde para retomar el hilo de su carrera deportiva.

En cualquier caso, ahora todo iba por el buen camino. Tenía a Sunna, y el pequeño Kjartan también ocupaba un lugar importante en sus afectos. Pero a pesar de eso aún arrastraba sus viejos recuerdos, en los que prefería no pensar.

Sunna llegó a casa ya entrada la noche y llamó a la ventana para decirle que había perdido las llaves. Estaba tan guapa como siempre, con los vaqueros negros y el jersey gris de cuello vuelto, y el pelo negro, largo y brillante, enmarcando sus acusadas facciones. Lo primero que le fascinó de ella fueron sus ojos, aunque su magnífica figura tampoco se quedaba atrás. No era de extrañar que se hubiese dedicado a la danza: más que caminar, a veces parecía que bailaba por el pisito, entre movimientos ágiles y hermosos.

Él sabía muy bien la suerte que había tenido al conquistarla. Se había puesto a hablar con ella en la fiesta de cumpleaños de un amigo y conectaron de inmediato: llevaban saliendo más de medio año y hacía tres meses que vivían juntos.

Sunna subió la temperatura del radiador al entrar; era más friolera que él.

—Fuera hace un frío que pela —dijo.

El aire helado se colaba en la casa antigua sin hacer ruido: el ventanal del salón no tenía un cie-

rre hermético, así que resultaba difícil mantener a raya las corrientes de aire.

Su vida no era un camino de rosas, aun cuando su relación iba viento en popa. Ella tenía un hijo de un año y medio de una relación anterior, el pequeño Kjartan, y estaba enzarzada con el padre biológico, Breki, por la custodia. Al principio habían acordado que fuera compartida, y en ese momento el niño estaba con su padre.

Ahora Sunna había contratado a un abogado, con la idea de solicitar la plena patria potestad, y tenía la intención de irse a Gran Bretaña para completar sus estudios de danza, aunque Róbert y ella aún no habían hablado del tema a fondo. En cualquier caso, Breki no había recibido la noticia sin rechistar y todo parecía indicar que el asunto llegaría a los tribunales, donde Sunna creía tener buenas opciones.

—Siéntate, cariño —dijo Róbert—. He preparado pasta.

—Estupendo.

Sunna se arrellanó en el sofá del salón y él fue a la cocina en busca de la comida, los platos, los vasos y una jarra con agua del grifo.

—Espero que la pasta no esté demasiado sosa. En esto voy tanteando paso a paso.

—Tengo tanta hambre que ni me importará.

Róbert puso música tranquila y agradable y se sentó a su lado. Ella le habló de su día, del ensayo de danza y de la presión a la que estaba sometida:

era una perfeccionista, no toleraba los errores. En el salón reinaba un ambiente sincero y acogedor.

Róbert se sentía bastante satisfecho con su cena: la pasta no estaba para chuparse los dedos, pero al menos era comestible.

Sunna se puso de pie y lo cogió de la mano.

—Arriba, mi amor. Bailemos.

Él se levantó del sofá, la envolvió entre sus brazos y ambos se movieron por el pequeño salón al ritmo lento de una melancólica balada sudamericana. Róbert deslizó la mano por debajo del jersey de cuello vuelto, acariciándole la espalda, y aprovechó para soltarle el sujetador con un único y perfecto movimiento. Ahí jugaba en casa.

—Oye, chaval —soltó ella en tono incisivo pero cálido—. ¿Qué crees que estás haciendo?

—Tenemos que aprovechar que Kjartan está con su padre, ¿no te parece? —contestó antes de darle un largo beso.

La cosa se iba calentando más o menos al compás de la temperatura del salón, y poco después el juego se trasladó al dormitorio.

Por pura costumbre, Róbert cerró la puerta de la alcoba y corrió a medias las cortinas de la ventana que daba al jardín delantero. En cualquier caso, ninguna de estas precauciones impedía que los sonidos de sus relaciones sexuales llegasen a la casa de al lado.

Cuando regresó la calma, oyó unos tenues portazos amortiguados por el golpeteo rítmico de la

lluvia. Lo primero que pensó fue que sería la puerta trasera, que daba directamente al patio posterior de la vieja casa. Sunna también lo advirtió al instante y lo miró con cara de espanto. Él intentó disimular su inquietud detrás de una fachada bravucona y, tras levantarse, se aventuró desnudo hacia el salón. Allí no había nadie.

Sin embargo, la puerta trasera estaba abierta, el viento la sacudía sobre sus bisagras de lado a lado. Echó un rápido vistazo al patio, justo lo suficiente como para poder decir que lo había hecho, aunque se dio prisa en cerrar. Afuera podría haber estado en formación todo un ejército: no veía nada con esa oscuridad.

Recorrió todas y cada una de las habitaciones, con el corazón latiendo en el pecho cada vez más y más rápido, pero no había intruso alguno por ninguna parte. Por fortuna, el pequeño Kjartan no estaba en casa.

Y entonces observó algo que le impediría pegar ojo el resto de la noche.

Cruzó corriendo el salón, con el temor de que entre tanto le hubiese pasado algo a Sunna. Contuvo la respiración y entró en el dormitorio.

La encontró sentada en el borde de la cama, ya en bragas y con una camiseta de manga corta. Le sonrió, incapaz de disimular su angustia.

—No ha sido nada, cariño —dijo, esperando que no notase el ligero temblor de su voz—. Se me olvidó cerrar la puerta de atrás con llave cuando

volví de sacar la basura; supongo que no cerré bien al entrar —mintió—. Ya sabes cómo se las gastan ahí detrás las corrientes de aire. Quédate aquí tranquila, voy a traerte algo de beber.

Volvió a salir disparado de la alcoba, cerró la puerta tras de sí y aprovechó para limpiar todo lo que había visto.

Esperaba estar haciendo lo correcto al no decirle nada a Sunna sobre el agua en el suelo y las huellas de pisadas que había dejado un intruso calado por la lluvia. Lo peor de todo era que no se detenían al cruzar la puerta trasera, sino que el rastro conducía hasta la entrada del dormitorio.